

Decepción (Paul Segunda parte)

Nunca creí que la decepción fuese un sentimiento que hurgara tanto en lo profundo del alma al punto de vaciar por completo las ganas de vivir.

Nuestra amiga, la gorda Betty, un par de veces por semana se colaba en la casa de la Vicky para afilar el pico mientras hacíamos los deberes. A mi un poco me molestaba ya que siempre estaba haciéndose la loca con Miguelito. Yo no estaba celosa, para nada, solo me jodía esa actitud de gato en celo que desplegaba cuando él aparecía. Al igual que a mi no le daba la mínima bola, pero ella se hacía pis encima cada vez que él hacía una broma o simplemente le dirigía la palabra. Por dentro, me mataba de risa, yo solo sabía lo que habíamos tenido y jamás confesaré. Lo de aquella noche en el cumple de quince de su hermana, era un secreto sellado con sangre. Nunca supe si fue a causa de la cerveza o de la voz susurrante de mi amado Paul, que sonaba a lo lejos, lo que hizo que tuviéramos ese único y por siempre recordado encuentro sexual. Esa fue mi impensada iniciación como mujer.

La gorda se llenaba la boca contando historias que había tenido con muchos de los chicos de primero del industrial, obviamente con los mas facheros. También nos relató el amorío que había tenido con un grandote del quinto escondidos en el baño de la confitería que está frente a la estación de Ituzaingó. Le tirábamos de la lengua para que nos describiera los encuentros furtivos con su primo de veinte cuando venía de visita con sus padres y los grandes se quedaban jugando a la canasta después del almuerzo. Yo no sabía si sus historias eran verdaderas o si eran fruto de su imaginación, pero tanto Vicky como yo juramos ser

dos tumbas con el resto de nuestras compañeras con miedo a que alguna chusma desbocada le fuese con el cuento a las monjas. A nosotras nos encantaba oírla, hacía que nos pusiéramos coloradas y de alguna manera un poco cachondas mientras escuchábamos alguna balada de los cuatro de Liverpool en el tocadiscos que le había regalado la tía torta. La Betty era excelente contando sus historias, describía con lujo de detalles tamaños, colores y formas de los miembros de sus supuestos amantes ocasionales. La gorda era una artista de la mímica, gesticulaba con todo el cuerpo replicando situaciones con su enorme culo, su boca y sus dos manos. Cuando se ponía en cuclillas y comenzaba con los movimientos ascendentes y descendentes era lo mejor de su actuación. Nosotras nos relamíamos y le pedíamos que no dejara pasar por alto los sucesos previos y posteriores de cada uno de sus encuentros, le preguntábamos si la invitaban a tomar algo después del sexo o si simplemente se daban media vuelta y si te he visto no me acuerdo. También le pedíamos que nos diera nombres y apellidos de sus novios por un día, con los que fantaseamos durante varias noches hasta que la gorda volvía a la piecita de Vicky con nuevas historias. Cuando la gorda se iba, nos quedábamos un rato más sacándole el cuero y matándonos de risa de como podía ser que con ese cuerpo deforme pudiera tener tanto arrastre con los pibes. Nos hacía gracia decir que era la puta del colegio, pero en el fondo nos hubiera gustado vivir en carne propia alguno de sus eróticos episodios. Muchas noches imaginé revivir las mismas situaciones de la Betty pero no con desconocidos sino con mi adorable y lejano Paul.

La Betty en el fondo nos daba un poco de lástima, sabíamos que en la casa no la pasaba bien, que el padre le había levantado la mano a

su mamá un par de veces y que la pobre vieja estaba todo el día con cara de orto. No eran un matrimonio feliz e imaginábamos que todo lo que la gorda nos contaba en cierta forma, verdad o mentira, era a causa de lo mal que la pasaba en su hogar.

Esa tarde, la gorda tocó un timbre largo, siempre tocaba dos cortitos para que no se despertara el gallego que dormía la siesta después de cerrar el almacén al mediodía.

El viejo rezongó con un “ ¡Coño! ¡Joder! ¿Quién es a esta hora?”, pero siguió de largo y así nos dio tiempo para abrirle a la Betty que estaba sumergida en un mar de lágrimas. Ya en el cuartito, apagamos el tocadiscos para poder ponerle la oreja a nuestra amiga. Después de dejar esfumar “Let me do” contra la púa que seguía girando pensé que, de tanto darle con cualquiera y sin protección, habría quedado embarazada, pero gracias al cielo no fue así. No nos hubiera gustado que fuese señalada con el dedo por el resto de nuestras compañeras mojigatas. Vicky rodeó sus hombros carnosos con su brazo y le alcanzó un pañuelo. A la gorda no le salía una palabra, solo brotaban de su boca chillidos agudos como si fuera un globo de helio desinflándose. Yo bajé la escalera y en puntas de pie fui hasta la cocina a traerle un vaso de agua. Después que le hizo fondo blanco pudimos escuchar su voz que se entrecortaba con cada llanto que se reiniciaba. Era muy difícil entender lo que quería contarnos, solo de a ratos se escuchaba las palabras “morir” o “no saben” pero no podíamos hilvanar una frase completa que diera sentido a su estado emocional. De pronto abrió su carpeta de matemáticas y sacó una libreta. Al principio no nos dimos cuenta de que era, pero era evidente que ahí de alguna manera estaba plasmada la causa de su decepción.

Era una libreta roja, yo había visto alguna vez una igual, una tarde que quería descubrir si yo era hija natural de mis padres o era adoptada, recuerdo que era un domingo, en los que ellos se habían encerrado en la pieza como todos los domingos y yo entré al escritorio que usaba papá, lugar prohibido, para hacer mi investigación y dilucidar mi duda existencial. No era que me preocupara mucho el hecho de que fuese adoptada, lo digo ahora ya que sé que no lo soy, pero si hubiera sido adoptada hubiera querido que me cuenten la verdad y que me dijeran como fue el proceso de adopción, si mis padres aún vivían y porque me habían abandonado, pero nada de eso paso, por eso me quedé tranquila y no tuve que lidiar con ninguna decepción, era hija de los paquetes que me habían tocado en suerte y mal que me pese me los tenía que bancar.

Por un momento pensamos que a la gorda le había agarrado un ataque de epilepsia, estaba pálida, hacía movimientos espasmódicos con sus manos, sus brazos estaban rígidos y temblaba como una hoja. No sabía que hacer, si llamar a los padres de Vicky o salir corriendo para mi casa, pero sabía que si despertaba una vez más al viejo sin duda iba a castigar a mi amiga con el cinto como la vez que trajo un uno en el Estudio de la Realidad Social Argentina y lo mandaron llamar del colegio. Decidí volver en silencio a la cocina para recargar el vaso con agua. Cuando volví ya le habían vuelto los colores a los cachetes y se le empezaban a entender algunas palabras. “Me voy a matar” fue lo primero que interprete y se me helo la sangre. Con Vicky nos miramos asustadas, jamás nos había pasado por la cabeza que alguien de nuestra edad quisiera quitarse la vida y menos la Betty que era el trencito de la alegría con todos los personajes en una sola persona. “Soy la culpable de la amargura de mis viejos” continuó diciendo, mostrándonos la

libreta de matrimonio de sus padres. La ojeamos y no vimos nada extraño. Ella estaba registrada perfectamente con su nombre y apellido, como también su hermanita menor con la que eran dos gotas de agua. Le dijimos que no entendíamos nada, que se dejara de joder y que nos contara alguna de sus hazañas sexuales con su primo de veinte. En ese momento la gorda se enfureció, nos arrancó la libreta de nuestras manos y nos mostró el renglón donde estaba su fecha de nacimiento, con otro movimiento brusco en el que casi arranca una hoja nos mostró donde estaba registrado el evento conyugal de sus padres y también señaló con su dedo índice la fecha.

En ese momento caímos en la cuenta de que ambas fechas eran en el mismo año, pero que el cumple de Betty solo llevaba cuatro meses a la fecha del casamiento por civil. “Ellos se casaron por mí, ellos no se amaban” nos dijo a los gritos rompiendo en llanto. Vicky la abrazó y le pidió que hiciera un esfuerzo en llorar más despacio para no despertar al viejo de la siesta ya que se podía armar flor de despelote. Le suplicamos que se calmara y que no hiciera una locura.

A los diez minutos su respiración volvió a un ritmo razonable y la paz volvió al cuartito de la Vicky. Encendimos de nuevo el tocadiscos con la canción de Paul McCartney y tras un sinuoso sonido de arranque empezaron a escucharse las primeras notas de su armónica. Nos relajamos, prendimos un faso que le habíamos robado a Miguelito y lo compartimos entre las tres. La pieza se llenó de humo y volvió la paz. Vicky la pinchó para que volviera con uno de sus relatos, para distraernos y pero sobre todas las cosas para distraerla. Y empezó el show, las risas, la mímica, la música de fondo, más risas, la voz de Paul, más risas, la armónica, un par de risas, la calentura, algunas risas,

silencio absoluto y la inevitable decepción. De pronto, la gorda, como un monstruo de ojos rojos, nos confesó con resentimiento que deseaba tirarse a la vías del tren en la estación de Ituzaingó o tal vez tomar veneno para ratas, que nadie la amaba, que no había nacido como fruto del amor de sus padres sino por obligación, por el qué dirán, que todo era una farsa y que además... y que además aún era virgen y que lo sería de por lo que le quedaba de vida gracias al horrible cuerpo que le había tocado en desgracia.